

1. El Proyecto LARA (Latin American Roaming Art) invita anualmente a ocho artistas a participar en una residencia, en una locación específica de un país Latinoamericano. La locación sirve como inspiración detrás de las obras de cada uno de los artistas y como resultado se realiza una exhibición en el mismo país de la residencia. LARA busca iniciar el discurso, el pensamiento crítico y la interacción con las comunidades locales latinoamericanas a través del concepto de creación por medio de la experiencia ([www.laraproyecto.org](http://www.laraproyecto.org)). En esta cuarta versión fui invitada por el curador ecuatoriano Rodolfo Kronfle a la residencia que se realizó en marzo en las islas Galápagos junto con los artistas María José Arjona (Colombia), Emilia Azcarate (Venezuela), Adrián Balseca (Ecuador), Pablo Cardoso (Ecuador), Matías Duville (Argentina) y Manuela Ribadeneira (Ecuador), y a la exposición que se realizará en el Centro de Arte Contemporáneo (CAC) en la ciudad de Quito en septiembre de este mismo año.

2. Barco inglés comandado por el capitán Robert Fitz Roy que viajó por casi cinco años (1831-1836) con la finalidad de explorar la costa sudamericana, entre otras cuestiones. Darwin formó parte de la tripulación en calidad de naturalista del viaje de exploración.

Estuve en Galápagos hace un par de meses. Me habían invitado a participar de una residencia<sup>1</sup> junto con un grupo de artistas latinoamericanos, para después trabajar en una obra a partir de las impresiones que quedaran de la experiencia. Aquí voy a contar algunas anécdotas de este viaje, más algunos episodios sacados de documentales y lecturas sobre Galápagos.

### I. LA TRANSMUTACIÓN

Para preparar el viaje, partí leyendo sobre el trabajo de Charles Darwin, el personaje que al tiro se viene a la cabeza a la hora de pensar en Galápagos. Me impresionó saber que el viaje que hizo en el Beagle<sup>2</sup> fue el único de su vida. Después de la exploración que duró cinco años, optó por casarse y vivir en la campiña inglesa, en el pueblo de Down, cerca de Kent, donde pasó el resto de su vida. “Mi vida va como un reloj y estoy pegado al lugar en la que la voy a acabar”, le escribe a Fitz Roy, el capitán del Beagle que se había convertido en su amigo durante la travesía por América. En torno a esa vida de rutinas, como el paseo a primera hora con sus perros por el Sandwalk (su “sendero de pensar”, como él decía), el trabajo en su estudio por las mañanas o las sesiones de juego y piano con su mujer por las tardes, Darwin redacta la teoría de la evolución.

Aunque Darwin afirmaba que el punto de partida de su teoría fueron los hallazgos de fósiles en la Patagonia, la observación sobre la distribución geográfica del ñandú en Sudamérica y la vida animal en Galápagos, leer hoy sobre su vida es entender que esas primeras observaciones no podrían haberlo llevado a la elaboración del concepto de evolución si no hubieran sido asimiladas bajo la luz que irradia la cadencia cotidiana de su vida sedentaria y el rumiar de una mente capaz de abstraerse en sus pensamientos. Porque eso permiten las rutinas: no mantenernos alertas, divagar.

En su retiro campestre, Darwin construyó un palomar, trabajó con las plantas de su invernadero, coleccionó escarabajos y lombrices, y se dedicó a recibir por correo muestras de una especie de molusco llamado Percebes. De ese diletantismo raro para el trabajo científico surgió, más que una teoría, el pensamiento de un filósofo de la naturaleza. Por eso *El origen de las especies* es uno de los libros científicos más importantes que se han escrito, porque su originalidad no solo está radicada en sus contenidos, sino en un personal estilo de escritura, que busca menos convertirse en fórmula que mantenerse pegado a la experiencia donde se origina.

Antes de partir a Galápagos, lo que más recordaba de lo que había leído era la observación de los cambios diminutos y la gradualidad con que se había visto que sucedían: no habían dos animales ni dos plantas iguales, y la competencia entre ellos, condición natural para todo ser vivo, hacía que unos prevalecieran sobre otros, que algunos cambiaran para poder adaptarse y sobrevivir, o que incluso aparecieran comportamientos espontáneos imposibles de reconocer como efecto de aprendizajes anteriores. Todo estaba en continuo proceso de cambio.

Lo otro que me quedó dando vueltas era la manera como el naturalismo derivado del trabajo en terreno conducía a una filosofía intuitiva, que nunca se despegaba ni del mundo que se vive y observa, ni de las tecnologías que se pueden desencadenar después para comprobar o experimentar con esas intuiciones. No había hecho falta contar con grandes proyectos de investigación. La observación atenta y decantada durante años parecía ser el modo de acceder al conocimiento.

Hay un ejemplo notable del lazo entre investigación, tecnología y observación. Se trata de un documental en blanco y negro de 1959. Lo hicieron el naturalista Nikolaas Tinbergen, uno de los fundadores de la etología, y Bernard Kettlewell, biólogo inglés, con motivo del centenario de *El origen de las especies*. El documental muestra un estudio sobre polillas que se encuentran en dos variedades: las moteadas y las completamente



Fotografía de Rodolfo Kronfle de la residencia artística del Proyecto LARA en las Islas Galápagos (2016)

negras. En los bosques de robles comunes donde vivían originalmente, las primeras son casi invisibles, pero en los bosques en las afueras de Londres, donde hicieron el estudio, la contaminación con el hollín de las industrias produjo el ennegrecimiento de los robles. Entonces la ventaja se invirtió: las polillas moteadas fueron víctimas de las aves, mientras las negras sobrevivieron, quedando demostrado cómo la selección natural puede alterar la frecuencia genética. Aquel documental hecho en una noche, en el cual filmaron cómo las aves silvestres capturaban las polillas en los troncos de los árboles, fue presentado en las primeras pantallas de televisión de la época, y hoy día se considera como un clásico del cine documental sobre la naturaleza.

Llegamos a Galápagos por Baltra, una pequeña isla del archipiélago en donde está su principal aeropuerto, que fue construido en la época de la Segunda Guerra Mundial por la marina de Estados Unidos. El aeropuerto está cerca de

una base de la que aún se pueden ver los restos. Funcionó entre 1941 y 1946 como defensa del Canal de Panamá y de los intereses norteamericanos en esa zona del Pacífico. Ahí nos subimos a un bus que lleva a un embarcadero para cruzar el Canal de Itabaca en dirección a la isla de Santa Cruz, que no es la isla más grande pero sí la con más habitantes. Se encuentra en el centro archipiélago; como las otras islas, es producto de una emergencia volcánica, algo así como un volcán dormido. Al llegar tomamos otro bus camino a Puerto Ayora, la capital.

Lo primero que hicimos al llegar es visitar la Estación Científica Darwin; divertido pensé, de nuevo había que empezar por ahí. El puerto es más ciudad de lo que imaginaba. Los mismos problemas de siempre, con una salvedad: la ciudad se está despoblando y esa fuga de gente parece derivarse de la sobrerregulación instaurada para proteger las islas de la avalancha de turistas. Menos gente, menos trabajo. En fin, en









Fotografía de Rodolfo Kronfle  
de la residencia artística del  
Proyecto LARA en las Islas  
Galápagos (2016)



Puerto Ayora la primera actividad fue la visita a la estación científica que de algún modo pretendía mantener vivo el legado de Darwin como naturalista. De hecho la estación pertenece a la Fundación Charles Darwin, una organización sin fines de lucro registrada en Bélgica y sujeta a su legislación. Está organizada a partir de una serie de construcciones de dos pisos separadas por zonas de conservación de especies vegetales y animales. Ahí realizan distintos trabajos de conservación, investigación y exposición que imagino como el set básico de cualquier lugar de este tipo en el mundo.

Nos hablaron de una investigación que llevaban haciendo desde el 2012 para observar el comportamiento de una mosca invasora que afecta a los pichones de varias especies de pinzones que habitan la isla, dificultado su reproducción. Estas moscas parásitas ponen sus huevos en nidos con aves en incubación y sus larvas se alimentan de la sangre de los pichones, lo que ha hecho que la población de pinzones silvestres haya disminuido críticamente. Durante un largo rato estuvimos atentos escuchando el desarrollo de la investigación, admirando un trabajo paciente y lento de observación en terreno y de laboratorio para el desarrollo de métodos de reducción de impacto. Pero la mayor sorpresa vino al final. La solución ideada había fallado. Pensaron distraer la atención de las moscas con un tipo de alimento que ya no les gustaba. Nada como los pichones.

Días después, Heinke Jager, una botánica alemana, actual directora de la estación, fue invitada a los encuentros nocturnos que sostuvimos con diferentes expertos en las islas. La idea era mostrarnos otros tipos de investigación orientadas a la observación del comportamiento entre especies endémicas y otras originalmente extrañas a las islas, especies arribadas en distintos momentos de poblamiento (piratas, militares, turistas). Esas charlas concluían, en el fondo, exponiendo la inutilidad de las acciones humanas de conservación. Por cuidar la *Scalesia* de la mora, peligran los animales que ya se acostumbraron a comer moras. El cuidado de las especies no logra restituir los ecosistemas.

El problema de financiamiento en la estación científica es parecido al del arte, todo bien a pulso, con hartos esfuerzos. Pero no fue eso lo que más me impresionó. Me llamó más la atención la enorme inversión de esfuerzo humano en buscar equilibrios inestables entre las especies, como si tuvieran el control del ecosistema, cosa que más

bien no ocurría, en parte por la porfía de la naturaleza, en parte por el entramado de intereses discordantes que pululan en las islas: operadores de turismo, autoridades políticas, pobladores y visitantes.

Días después de llegar y formar mis primeras impresiones, encontré en la carta de un restaurante la información que me faltaba: las islas Galápagos son emergencias volcánicas que nunca tocaron el continente, por lo que todo lo que había ahí, no ahora pero sí antiguamente, era propio y sin contaminar. Esa era la ilusión que perseguía la ciencia: poder detener el paso del tiempo y la mutabilidad de las formas, las derivas de la naturaleza. Remontar la historia para acceder a la pureza del origen o preservar las cosas tal cual, como quien buscara congelar un momento evolutivo. Para poder preservar es necesario separar al humano de la naturaleza, romper la cadena, vigilar y controlar, entonces oponer el diseño al flujo. Estampo a Darwin en una polera, imprimo afiches con las especies nativas de pinzones, aprendo de memoria los tipos endémicos en el colegio, pero olvido la vida, siempre proteiforme.

## II. THE GALÁPAGOS AFFAIR

La primera noche nos invitaron a comer a un hotel al que había que cruzar en un bote taxi. Después haríamos ese cruce varias veces más porque era lo que te llevaba a la playa de los alemanes y a Las Grietas, dos lugares preciosos a los nos aficionamos. Comimos en la terraza del Hotel Angermayer y Adrián, creo, comenzó a contar la historia de la familia dueña del hotel, unos colonos alemanes que habían llegado como varios más, a principios del siglo XX, y después enganchó esa historia con otra, la de la baronesa que había llegado a otra isla, Floreana, en la misma época.

Me acuerdo que escuché algo sobre dos amantes que se habían sacado los dientes para no enfermarse y que al final habían terminado misteriosamente muertos; quedamos todos encantados con la historia. Había hasta un documental, *The Galapagos Affair, when Satan came to Eden*, que vi un tiempo después de volver a Santiago. El período de entreguerras en Europa hizo a muchos soñar con la idea de otro mundo como reacción a lo que estaban viviendo. La idea de una fuga, en el fondo. Veían que el ser humano tarde o temprano terminaba siendo violento, que la guerra era producto del deseo de poder, que la civilización hacía agua sin presentar demasiada



Cadáveres calcinados del documental *The Galapagos Affair* de Daniel Geller y Dayna Goldfine (2013)

resistencia. Entonces, esos amantes del documental deciden virarse, decir chao, y parten a Galápagos, que todavía mantenía el aura de un lugar virgen donde se podía empezar de nuevo y sobre otras bases.

De todas las islas, Floreana era la única que quedaba sin habitantes. Santa Cruz ya tenía norteamericanos, algunos noruegos, también ecuatorianos. Lo mismo pasaba en Isabela y San Cristóbal, las otras islas en rigor habitables. Floreana se convirtió en el destino de los utópicos.

Primero llegó una pareja, Frederick Ritter y Dore Strauch. Él era un doctor que se había devorado los libros de Nietzsche, y que convenció a Dora, su paciente, para dejar sus respectivos matrimonios y largarse a Galápagos. Se instalaron ahí en 1929, imaginando que serían los únicos. Pero en 1932 llegan otros alemanes, los Wittmer, una pareja con un hijo enfermo. Y tiempo después aparece la llamada Baronesa von Wagner, que en París había convencido a dos hombres para que la siguieran: el rico-feo y el buenmozo-sin plata. La baronesa era una mujer seductora y dominante; con la ayuda de sus dos amantes, o más bien con la plata del rico, ella quería instalar un hotel al que llamaría "Hacienda Paraíso". Cuando llegan a Floreana, ya era tensa la situación entre los dos grupos de vecinos que habitaban la isla. Ambos grupos, los habitantes originales, habían partido con la idea de perderse de vista. Ninguno quería compartir la isla, aun cuando hubiera espacio

de sobra. Por eso, forzados por las circunstancias, acuerdan mantenerse apartados, cada uno pendiente de lo suyo: desarrollan sistemas de cultivo, mantienen algunos animales, hacer sus casas y pasar el tiempo. Todo en orden, hasta el arribo de la baronesa, que no ambicionaba vivir como Robinson Crusoe, y encima tenía la fuerza de atracción de un magneto. Terminó todo mal, o casi. Como todos llevaban diarios de vida, existe una trama de relatos divergentes, que ofrecen pistas equívocas sobre lo que pasó después. Gritos inquietantes de mujer en la mitad de la noche. Rumores de la partida de la baronesa a Tahití con uno de sus amantes, rumor que alienta la sospecha de un doble asesinato. Una muerte por envenenamiento. Y el retorno, motivado por la desesperación, de uno de los colonos a Europa, cuyo cadáver apareció, tiempo después, calcinado por el sol abrasador en una pequeña isla del archipiélago.

### III. EL ROCE DE LA VIDA

El último día de la residencia ya habíamos agotado el programa de la visita. Habíamos estado una semana en Santa Cruz y otra en Isabela, la isla más grande de todas. Habíamos caminado por los volcanes y visitado *El muro de las lágrimas*, una obra impresionante construida por los presos que vivieron ahí entre 1946 y 1959, cuando la isla funcionaba como cárcel, un poco como Juan

Fotografía del Sandwalk de Darwin publicada en el libro *La historia de un hombre extraordinario* de Tim M. Berra (2009)



El Sandwalk de Darwin. Su «sendero de pensar» serpentea entre la sombra de las zonas arboladas para luego bordear un prado soleado. A menudo le acompañaba en sus paseos diarios su fox terrier Polly. (Fotografía del autor, 1974)

Fernández a comienzos del siglo XIX. Nos habían contado la historia antes: presos obligados día tras día a acarrear piedras para construir un muro sin ninguna utilidad, presos que, si caían muertos, eran enterrados ahí mismo, entre las mismas piedras. Visitarlo fue una de las experiencias fuertes que vivimos los últimos días. Habíamos buceado en Las Grietas, en los Túneles de Lava, y en otros lugares muy lindos. Habíamos andado bicicleta, nos habíamos levantado temprano y acostado tarde, en fin, la suma de todos los deberes y placeres.

Ese día último no teníamos nada que hacer; con Manuela optamos por ir temprano a la playa para evitar el calor que después de las 11 se hacía insoportable. No se nos había ocurrido antes, siempre nos quedábamos atrapados en conversaciones después del desayuno, o había algo que hacer. A las 9 ya estábamos ahí, aprovechando nuestro último día, como siempre, sin parar de hablar.

Y mientras nos bañábamos nos pasó lo más impresionante de todo el viaje. Empezó con un grupo pequeño de pelícanos que comenzaron

a acercarse y caer en picada cerca nuestro para pescar alimento. Lo encontramos lindo. En todas las experiencias anteriores de buceo habíamos tenido animales cerca, y esa sensación de cercanía, en esto coincidimos todos, era muy galapagueño: la confianza animal, el carácter inofensivo de los humanos. Encontrar lobos de mar y tortugas debajo de un banco, caminando en las calles o descansado por ahí, ya nos parecía natural. Así que seguimos bañándonos, como si nada pasara, mientras los pelícanos se daban el medio festín. Al rato vimos que llegaba otro grupo, ahora eran unos piqueros de patas azules, un pájaro negro con una patas azules brillantes que se ven desde lejos. Se trataba de un grupo mucho más numeroso, por lo que los movimientos coordinados de la bandada antes de precipitarse en el mar tomaron nuestra atención. De repente, nos empezamos a dar cuenta que venían pájaros de todas partes y de muchos tipos. Todo ocurrió muy rápido, nos tomó por sorpresa. De un momento a otro, nos vimos rodeadas completamente de distintos tipos de aves en su hora de comer. Ordenadamente hacían sus turnos de giro, elevación, retroceso,

toma de energía, piquero y salida. Y empezaron a aparecer otros animales alrededor: un grupo de pingüinos chicos, un par de lobos de mar, una tortuga y un tiburón, chico también, pero tiburón al fin. Ya habíamos retrocedido bastante, todavía estábamos en el agua, pero harto más fuera y en absoluto silencio, contemplando lo que estaba pasando. A veces una le señalaba algo a la otra, era solo el dedo para indicar un lugar, pero entre el asombro y la velocidad con que pasaban las cosas, no nos salía el habla.

Estuvimos como una hora en el agua, viendo cómo miles de pájaros volaban alrededor nuestro, pasaban tan cerca que les veíamos los ojos, todo estaba tan calculado que a pesar que pasaban a unos escasos centímetros nunca nos tocaban pero estábamos ahí, medidas en la mitad de una especie de huracán, y de repente todo pasó. Las ondas comenzaron a ser más lentas, el ritmo más pausado, algunos pelícanos ya comenzaron a flotar, otros se fueron a una roca a descansar, y nosotras, después de un rato, nos fuimos a sentar a la playa. Manuela comenzó a hacer una lista de los animales que nos rodearon, yo intenté hacer algunas fotos, pero nos dimos cuenta de la inutilidad de intentar compartir la experiencia y decidimos no intentar contarla.

Pero aquí estoy, intentándolo, aunque sigo sintiendo la imposibilidad de dar cuenta de la experiencia. Tengo la sensación de haber sido parte de un universo en donde nosotras éramos a la vez espectadoras y actrices secundarias. Era como estar viviendo lo real, al mismo tiempo que lo real parecía imposible. Como haber

cambiado de escala o de tipo animal. Como volverse invisible. Ser humano nunca había sido menos importante.

¿Cómo contar algo así? Imposible no pensar en la sensación oceánica descrita por Romain Rolland a su amigo Sigmund Freud. Imposible no sentirse en un estado oceánico en donde nada resalta, en donde todo pesa lo mismo, en donde las sensaciones físicas y las impresiones mentales se funden, en donde las palabras sobran. O tal vez no sobran, pero sus sentidos se bifurcan, y cuesta fijar un sentido compartido. Como escribió W. V. Humboldt en *Sobre la Diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*:

*Al escuchar una palabra no hay dos personas que piensen exactamente lo mismo, y esta diferencia, por pequeña que sea, se extiende, como las ondas en el agua, por todo el conjunto de la lengua (...) Por eso toda comprensión es al mismo tiempo una incompreensión; toda coincidencia en ideas o sentimientos una simultánea divergencia ● (88)*

#### PAULA DE SOLMINIHAC

(Santiago, 1974) es artista visual, profesora de la escuela de arte de la Universidad Católica y Directora de Fundación Nube. Entre sus muestras destacan: *In Absentia* en el Museo del Barro (Asunción), *Ceramix* en el Bonnefantenmuseum (Maastricht), *Los nombres secretos* en Galerie Dix9 (Paris), y *Lara Project* (Galápagos y Quito). También destaca su participación en la "IV Bienal de Arte Contemporáneo de Beijing", y en Art Basel-Statement (Basilea). Sus obras forman parte de la *Colección Lara* (Singapour), *Deutsche Bank* (Cinebra), *Misol* (Bogotá), *AMA* (Santiago) y *Space Collection* (California).

#### BIBLIOGRAFÍA

HUMBOLT W.V. (1990). *Sobre la Diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*. Barcelona: Anthropos.